

EN LA BASE DE LA PIRÁMIDE

Trescientos ochenta y siete millones de personas viven con alguna incapacidad. Mientras el mundo gasta en armas, en la base de la pirámide humana se acumula un sufrimiento que podría remediarse. Una reflexión sobre la deuda de quienes están arriba.

HÉCTOR ABAD GÓMEZ

Médico salubrista, maestro y defensor de los derechos humanos · 1921–1987

De los 4.000 millones de habitantes que tiene el mundo actual, 387 millones son incapacitados físicos o mentales, según datos recientes de la Organización Mundial de la Salud. Cuarenta millones de retrasados mentales, doce millones de ciegos, tres millones y medio de leprosos, treinta millones con traumatismos o heridas por accidentes de tránsito, 100 millones de desnutridos, etc., etc.

El Sudeste asiático, África Tropical, Latinoamérica, son las regiones más afectadas.

La cantidad de sufrimiento y de miseria que esto implica es algo apabullante.

¿Cuántos gobernantes del mundo conocen estos datos? ¿Lograrán conmoverlos? ¿Lograrán hacerlos pensar que con los miles de millones de dólares que gastan diariamente en armas, se podría remediar todo este cúmulo de males que sufren los más pobres, los más desgraciados, los más desprotegidos de la Tierra?

«SI EN VEZ DE EJÉRCITOS DE
SOLDADOS HUBIERA
EJÉRCITOS DE MÉDICOS, ESTE
MUNDO SERÍA UN LUGAR MÁS
HABITABLE Y MÁS GRATO
PARA TODOS.»

Si en vez de ejércitos de soldados, disputándose una selva o unos pozos de petróleo, hubiera ejércitos de médicos, de enfermeras, de nutriólogos, de educadores, de rehabilitadores físicos y mentales, debidamente equipados con los conocimientos, las drogas y los elementos necesarios para aliviar este cúmulo de sufrimiento humano, este mundo sería indudablemente un lugar más habitable y más grato para todos.

¿Porque, cómo se puede gozar —aun cuando se esté en la cúspide de la pirámide— sabiendo que en su base hay millares de jóvenes, de niños, de hombres, de mujeres y de ancianos, que no pueden caminar, que no pueden ver, que no tienen manos o piernas, que no oyen, que no pueden trabajar, porque sufren de alguna incapacidad que no les permite actuar como las demás personas que tienen la fortuna de disfrutar de sus cinco sentidos, de su cerebro, de sus brazos, de su cuerpo total?

¿Tendrán alguna vez los de muy arriba piedad por el enorme sufrimiento de los de muy abajo?

¿Será alguna vez la humanidad, una humanidad única, solidaria, justiciera, caritativa, cristiana en el mejor sentido de esta olvidada doctrina, capaz de compartir no sólo las alegrías, sino también las tristezas y las desdichas de los demás?

«EN TODO SER HUMANO, POR MÁS MALVADO QUE PAREZCA SER, HAY REDUCTOS DE ALTRUISMO, DE BONDAD, DE SIMPATÍA, DE COMPASIÓN.»

¿Seremos capaces alguna vez de levantarnos sobre nuestros propios egoísmos y concupiscencias, para mirar lo que pasa a nuestro alrededor, lo que pasa en nuestras propias familias, en nuestro barrio, en nuestra ciudad, en nuestro país, en nuestro mundo?

El ser humano no es naturalmente bueno o naturalmente malo. En todo ser humano, por más malvado que parezca ser, hay reductos de altruismo, de bondad, de simpatía, de compasión, de buenos sentimientos.

El mundo puede y debe organizarse mejor para que estas buenas cualidades surjan de forma espontánea, de forma masiva, en forma que alcancen hasta los más altos niveles de decisión y poder.

Cuando esto suceda —y debemos todos trabajar para que sea pronto—, tendremos un mundo mejor.

